

IN MEMORIAM

Marcelo Viñar



JOSÉ GALLEGO¹

Al escribir estas líneas, pensaba en las paradojas de la vida; por un lado, una jornada científica previamente pautada en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU): «40 años en democracia: Memoria, libertad y psicoanálisis», en esta fecha significativa del 27 de junio, y por otro, mi historia.

Comienzo a escribir y me encuentro evocando mi primer seminario y mi primera nota.

En mi primer seminario como candidato en APU, trabajábamos el valor del objeto, objeto de la pulsión, objeto de amor, entre otras cosas, teniendo como docentes a Enrique Gratadoux, Damián Schroeder y Nancy Delpréstito. La nota era a partir del texto de Freud *Duelo y melancolía*.

Me preguntaba por el empobrecimiento del yo, por el empobrecimiento del mundo. ¿Qué quedaba en la pérdida? ¿Qué identificaciones se jugaban? ¿Cuál es el tiempo necesario para que nuestros muertos, los que se van, sigan estando de alguna manera con nosotros?

Pensaba en el trabajo del duelo.

Y hoy, desde este lugar, voy a hablar de Viñar.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay. josegallego.perez@gmail.com

Desde la Asociación Psicoanalítica del Uruguay –su casa– despedimos con profunda emoción a Marcelo Viñar. Fue presidente de APU y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), representante de América Latina en el *Board* de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), autor de una obra profunda publicada en múltiples idiomas.

Pero, ante todo, fue un trasmisor generoso de sus ideas, un pensador que trascendió fronteras: es alguien que ya no pertenece solo a APU.

Figura clave de nuestra formación personal y profesional, su legado intelectual y humano deja una profunda huella en quienes tuvimos el privilegio de interactuar y escucharlo.

Referente enorme para el psicoanálisis latinoamericano, su ética, su mirada crítica, defensor de los derechos de los más desamparados y su dedicación a formar generaciones de psicoanalistas dejaron marcas y huellas para siempre.

Viñar tenía una manera particular de hablar y de escuchar. Diría de gesticular y moverse. Su palabra, siempre clara y sensible, una melodía, una voz envolvente que nos ayudaba a pensar el psicoanálisis en contextos difíciles, atravesados por el dolor, la violencia, la memoria y la historia.

Escucharlo era una experiencia en sí misma.

Tenía la capacidad de entrelazar lo personal y lo colectivo con una profundidad que emocionaba. Sus teorizaciones lo llevaban a pensar en la interface de lo individual y lo colectivo.

En «Vértigo civilizatorio y la clínica actual» (Viñar, 2015), se preguntaba:

Como psicoanalistas, nuestro objeto de estudio es la causalidad fantasmática del inconsciente, la constelación edípica, los puntos singulares de la identificación, la noción fundante de sujeto descentrado –una de las decantaciones básicas del descubrimiento freudiano– y desde ese lugar me pregunto: ¿cómo opera esto para orientarnos en la realidad y qué relaciones hay entre ese sujeto de la intimidad, al que vemos en el espacio artificial del consultorio, con el sujeto que pelea su vida en el vértigo civilizatorio de esta sociedad? (p. 20)

Sobrevivió a la dictadura y al exilio, y sostuvo con entereza el sufrimiento de quienes lo rodeaban.

Incluso, en los últimos tiempos, cansado, acompañó con un dolor silencioso la enfermedad de su compañera Maren, una experiencia conmovedora. Maren siempre estuvo con él en una charla o dando una conferencia.

Nos deja su obra valiosa, un pensamiento profundo y una forma ética de estar en el mundo que seguirá inspirándonos. Su voz vive en nuestras instituciones, en nuestra clínica, en nuestras conversaciones y en cada intento por escuchar de verdad al otro.

Viñar, un analista de los que escuchan con el alma y hablan desde la experiencia viva.

Me enseñó que los pacientes nos pueden tolerar muchas cosas, nuestros errores, e incluso nos pagan para aprender, como diría Winnicott, pero lo que no nos perdonan son las imposturas de lo falso. Viñar siempre me transmitió, en el acuerdo o en el disenso, algo del orden de la autenticidad.

En «Alegato por la humanidad del enemigo», Viñar (2006) nos invita a pensar:

Los efectos del *discurso simplificador que transforman al diferente en enemigo*, son a temer. Los amigos son amigos porque piensan como yo, esto es entendible. Pero éste es el único vínculo concebible –por mimetismo y anexión– y el que piensa diferente resulta aliado de mi enemigo, por lo tanto es enemigo. Una lógica absurda pero eficaz que produce la abolición de la diversidad y la constriñe al mundo maniqueo de aliados y enemigos y empuja a la acción salvadora de destruir el mal y salvar al bien. (p. 400)

Me pregunto de qué bien hablamos.

Vivimos en un mundo de postverdad donde parecería que la verdad tiene menos influencia que las emociones o las creencias personales. Claro que es discutible qué es la «verdad», por eso hay que cuidar los espacios de discusión y confrontación en el respeto mutuo. Implica, a mi entender, siguiendo a Daniel Gil, realizar-se la pregunta molesta y ética: el otro, ¿semejante o enemigo?

Hoy en APU y Fepal –diría, en muchos psicoanalistas del mundo– estamos de duelo. Se ha ido uno de nuestros grandes maestros.

Viñar fue mucho más que un gran psicoanalista.

Fue un pensador latinoamericano, nos ayudó a reflexionar y a sentir los contextos difíciles marcados por el dolor, la violencia y la injusticia. Nos deja su pensamiento y trabajo comprometido.

Siguiendo en «Alegato por la humanidad del enemigo», Viñar se pregunta:

¿Qué puede decir un psicoanalista sobre terrorismo? [...]. ¿Cuál es la incidencia de la causalidad inconsciente –lo específico del psicoanálisis– y cuál es su articulación con otras determinantes que son evidentes y objeto de exploración de otras disciplinas? (p. 309)

Los puntos de contacto entre experiencia analítica y violencia social son fuertes a nivel teórico y metapsicológico, aun cuando seamos ignorantes o poco competentes en saber cómo se llevan a cabo las articulaciones de nuestra teoría con la fenomenología del espacio político y el trabajo en la sesión. (p. 402)

Nos duele mucho su partida, pero celebramos su vida, su pensamiento y su generosidad.

Su legado es amplio, vivió su pensamiento con integridad, no separaba teoría de práctica ni clínica de ética. Fue un analista, sí, pero también alguien que luchó por un mundo más justo. Una lucha junto a su compañera de vida. Maren es muy importante.

Ella nos decía, en «Notas para pensar el terror de Estado y sus efectos en la subjetividad» (Ulriksen de Viñar, 1997):

En el terror de Estado el objeto protector se ha derrumbado, afuera y en el interior del psiquismo; al contrario, es un objeto terrorífico y persecutorio el que opera desde la realidad, instalando los dispositivos propios para mantener su poder dictatorial, en particular la prisión arbitraria, la tortura sistemática, que actúa como referente simbólico de castigo a toda la población, y la figura máxima de ataque a la vida, la desaparición forzada de personas y la apropiación de sus hijos.

En el terror la máquina que persigue y aplasta está efectivamente en marcha. (pp. 3-4)

Viñar abrió caminos para pensar cómo trabaja el inconsciente cuando lo indecible lo atraviesa todo, cuando lo traumático no solo afecta al individuo, sino a toda una comunidad. Insistía en la necesidad de construir dispositivos clínicos que dieran lugar a la escucha del horror, sin patologizarlo ni simplificarlo. Para él, el psicoanálisis debía ser también un espacio de reparación simbólica, de elaboración de lo vivido y de resistencia.

Nos deja un trabajo con sentido, con dignidad y con esperanza.

Viñar a veces era duro en las discusiones, pero era un duro con un corazón tierno.

Su palabra seguirá resonando en nuestras instituciones, en nuestras supervisiones, en nuestros seminarios, en nuestros libros. Seguirá presente en la forma en que entiendo el oficio analítico: como una práctica ética, sensible, comprometida con la vida, humilde con el saber en el encuentro con el otro.

En «El vértigo civilizatorio y la clínica actual» (Viñar, 2015), nos contaba:

Al recibir la invitación para este espacio tuve la tentación demoníaca de contar mi vida, de emular a los grandes, a Gabriel García Márquez, a Pablo Neruda y decir «Confieso que he vivido». Hacer un itinerario de los trayectos y senderos recorridos en paralelo, o en la misma cancha que muchos de ustedes que han sido mis amigos y mis hermanos durante décadas. Pero luego me ruboricé y pensé que no era ese el camino que quería tomar. Decidí empezar por las antípodas, no por la memoria del pasado sino por el porvenir.

Estoy muy atrapado, muy poseído por un mundo actual –en lo local, lo regional y lo planetario– donde ocurren cosas que yo presumo que entendemos mal. Creo que hoy se transita un momento en el que hay una especie de *desapropiación de la historia*. Muchos de nosotros cuando fuimos jóvenes, pensábamos ser pequeños gestores de la historia, productores, protagonistas del mundo en que vivimos –además de ser producidos por él–. Y se observa hoy día una pasivización de nuestra condición ciudadana, estamos a merced de fuerzas que nos llevan y nos sacuden a distintos lugares sin que podamos tener un rol activo y protagónico, y no sé mucho sobre el cómo esto se podrá revertir. (p. 18)

En *Fracturas de memoria*, libro del que son coautores Maren y Marcelo Viñar (1993), encontramos la «Presentación» de José Pedro Barrán (1993) y el «Prólogo» de Daniel Gil (1993).

Daniel Gil nos habla del retorno del exilio de Viñar y de Maren:

En el momento del «encuentro» con el objeto nostálgico, intuyen que no lo van a encontrar y que ese objeto es utópico y atópico (sin lugar, sin realidad). La no existencia del objeto es vivida como desencuentro con los seres. Porque –como dice Edmundo Gómez Mango– *no hay desexilio posible, no hay acto que anule y conjure el exilio. Nuevos duelos por lo doblemente perdido: por el país que los cobijó y por la tierra soñada y no encontrada.*

Pero, aun así, como dice Neruda:

*Vuelvo...
 más joven y más viejo
 esta vez como siempre he regresado,
 más joven por amor, amor, amor...
 más viejo porque sí
 porque me muerden los relojes, los meses
 los agudos dientes del calendario
 lo que fui ayer, allá a lo lejos aquí lo traigo
 aquí lo dejaré a tus pies
 áspera y dulce, pequeña patria mía.*

Todo esto es este libro, memoria del horror, lucha y esperanza incansable por el futuro, ofrenda que nos dejan, amorosamente, Marcelo y Maren. (pp. 12-13)

Por nuestra parte, una enorme gratitud y reconocimiento por su legado. Fue importante en mi vida haberlo conocido.

Muchas gracias, Marcelo Viñar. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Barrán, J. P. (1993). Presentación. En M. Viñar y M. Viñar, *Fracturas de memoria: Crónicas para una memoria por venir* (pp. 5-6). Trilce.
- Gil, D. (1993). Prólogo. En M. Viñar y M. Viñar, *Fracturas de memoria: Crónicas para una memoria por venir* (pp. 7-13). Trilce.
- Ulriksen de Viñar, M. (1997). Notas para pensar el terror de Estado y sus efectos en la subjetividad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 86. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1045/884>
- Viñar, M. (2006). Alegato por la humanidad del enemigo. *Psicoanálisis*, 28(2), 309-419.
- Viñar, M. (2015). El vértigo civilizatorio y la clínica actual. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 19, 17-34.
- Viñar, M. y Viñar, M. (1993). *Fracturas de memoria: Crónicas para una memoria por venir*. Trilce.